UNE ✦ SACRA

Islam

Liberación del error

✦ ✦ ✦

Al-Ghazali (1058–1111)

Traducción (edición 1)

Créditos

Autor	Al-Ghazali (1058–1111)
Fecha	c. 1100
Idioma original	Árabe
Versión	Traducción (edición 1)
Traducción	Traducción popular, a partir de la versión inglesa de Claud Field
Fuente	Project Gutenberg — eBook nº 58977
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

La Liberación del error (al-Munqidh min al-Dalal) es la autobiografía espiritual de Abu Hamid al-Ghazali (1058–1111), el teólogo más influyente del islam sunita.

Profesor célebre en Bagdad, cuenta cómo lo invadió la duda sobre todo lo que sabía, examinó a los teólogos, a los filósofos y a quienes decían tener un maestro infalible, y cayó en una crisis tan grave que perdió la voz.

Dejó la cátedra, vivió once años como asceta en Damasco, Jerusalén y La Meca, y encontró en el sufismo la certeza que buscaba.

Escrito hacia el año 1100, el libro se ha comparado con las Confesiones de Agustín. La versión inglesa es la de Claud Field (1863–1941), publicada en Londres en 1909 con el título "The Confessions of Al Ghazzali".

Fuente: https://www.gutenberg.org/ebooks/58977

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

La búsqueda de la verdad de Al-Gazali

Los subterfugios de los sofistas

Las diferentes clases de buscadores de la verdad

El objetivo de la teología escolástica y sus resultados

Acerca de las sectas filosóficas y el estigma de infidelidad que las afecta a todas

Divisiones de las ciencias filosóficas

El sufismo

La realidad de la inspiración: su importancia para la raza humana

LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD DE AL-GAZALI

✦

«En el nombre del Dios más misericordioso».

Dijo el imán Al-Gazali:

¡Gloria a Dios, cuya alabanza debe preceder a todo escrito y a todo discurso! ¡Que las bendiciones de Dios descansen sobre Mahoma, su Profeta y su Apóstol, sobre su familia y sus compañeros, por cuya guía se escapa del error!

Me has pedido, oh hermano en la fe, que exponga el propósito y los misterios de las ciencias religiosas, los límites y las profundidades de las doctrinas teológicas.

Deseas conocer mis experiencias al desenredar la verdad perdida en la mezcolanza de sectas y divergencias de pensamiento, y cómo me he atrevido a ascender desde los niveles bajos de la creencia tradicional hasta la cumbre más alta de la certeza.

Deseas saber qué he tomado prestado, en primer lugar, de la teología escolástica; en segundo lugar, del método de los talimitas, quienes, al buscar la verdad, se apoyan en la autoridad de un líder; y por qué, en tercer lugar, me he visto llevado a rechazar los sistemas filosóficos; y finalmente, qué he aceptado de la doctrina de los sufíes y la suma total de verdad que he reunido al estudiar cada variedad de opinión.

Me preguntas por qué, tras renunciar en Bagdad a un puesto de enseñanza que atraía a un gran número de oyentes, he aceptado, mucho tiempo después, uno similar en Nishapur. Convencido como estoy de la sinceridad que motiva tus preguntas, procedo a responderlas, invocando la ayuda y la protección de Dios.

Sabed pues, mis hermanos (que Dios os dirija por el camino recto), que la diversidad de creencias y religiones, y la variedad de doctrinas y sectas que dividen a los hombres, son como un océano profundo sembrado de naufragios, del cual muy pocos escapan sanos y salvos.

Cada secta, es verdad, se cree en posesión de la verdad y de la salvación, «cada facción», como dice el Corán, «se regocija en su propio credo»; pero como nos ha dicho el jefe de los apóstoles, cuya palabra es siempre verdadera: «Mi pueblo se dividirá en más de setenta sectas, de las cuales solo una se salvará». Esta predicción, como todas las demás del Profeta, debe cumplirse.

Desde el período de la adolescencia, es decir, antes de alcanzar mi vigésimo año hasta el momento presente en que he pasado de los cincuenta, me he aventurado en este vasto océano; he sondeado sin temor sus profundidades y, como un buzo decidido, he penetrado en sus tinieblas y desafiado sus peligros y abismos.

He interrogado las creencias de cada secta y escudriñado los misterios de cada doctrina, con el fin de desenredar la verdad del error y la ortodoxia de la herejía. Nunca me he encontrado con nadie que sostuviera el significado oculto del Corán sin investigar la naturaleza de su creencia, ni con un partidario de su sentido exterior sin indagar en los resultados de su doctrina.

No hay filósofo cuyo sistema no haya sondeado, ni teólogo cuyas intrincadas doctrinas no haya seguido hasta el final.

El sufismo no tiene secretos en los que no haya penetrado; el devoto adorador de la Divinidad me ha revelado el fin de sus austeridades; el ateo no ha podido ocultarme la verdadera razón de su incredulidad. La sed de conocimiento fue innata en mí desde temprana edad; era como una segunda naturaleza implantada por Dios, sin voluntad alguna por mi parte. Apenas hube salido de la niñez, ya había roto las cadenas de la tradición y me había liberado de las creencias hereditarias.

Habiendo notado la facilidad con que los hijos de los cristianos se hacen cristianos, y los hijos de los musulmanes abrazan el islam, y recordando también el dicho tradicional atribuido al Profeta: «Todo niño lleva en sí el germen del islam, luego sus padres lo hacen judío, cristiano o zoroastriano», me sentí movido por un vivo deseo de aprender qué era esta disposición innata en el niño, la naturaleza de las creencias accidentales impuestas sobre él por la autoridad de sus padres y sus maestros, y finalmente las convicciones no razonadas que deriva de sus enseñanzas.

Impresionado por las contradicciones que encontré al intentar desenredar la verdad y la falsedad de estas opiniones, me vi llevado a hacer la siguiente reflexión: «Siendo la búsqueda de la verdad el objetivo que me propongo, debo en primer lugar averiguar cuáles son las bases de la certeza».

En segundo lugar, reconocí que la certeza es el conocimiento claro y completo de las cosas, un conocimiento tal que no deja lugar a la duda ni posibilidad de error y conjetura, de modo que no quede en la mente espacio para que el error encuentre entrada.

En tal caso, es necesario que la mente, fortificada contra toda posibilidad de extravío, abrace una convicción tan fuerte que si, por ejemplo, alguien con el poder de transformar una piedra en oro, o una vara en una serpiente, pretendiera sacudir las bases de esta certeza, esta permanecería firme e inamovible.

Supongamos, por ejemplo, que un hombre viniera y me dijera a mí, que estoy firmemente convencido de que diez es más que tres: «No; al contrario, tres es más que diez y, para probarlo, transformo esta vara en una serpiente», y suponiendo que realmente lo hiciera, yo no dejaría por ello de estar convencido de la falsedad de su afirmación, y aunque su milagro pudiera despertar mi asombro, no infundiría duda alguna en mi creencia.

Comprendí entonces que todas las formas de conocimiento que no reúnen estas condiciones (inmunidad a la duda, etc.) no merecen confianza alguna, porque no están fuera del alcance de la duda, y lo que no es inexpugnable a la duda no puede constituir certeza.

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LOS SUBTERFUGIOS DE LOS SOFISTAS

✦

Examiné entonces qué conocimientos poseía y descubrí que en ninguno de ellos, con excepción de las percepciones sensoriales y los principios necesarios, disfrutaba de ese grado de certeza que acabo de describir. Reflexioné entonces con tristeza de la siguiente manera: «No podemos esperar encontrar la verdad excepto en asuntos que llevan su evidencia en sí mismos, es decir, en las percepciones sensoriales y en los principios necesarios; debemos, por tanto, establecer estos sobre una base firme. ¿Es mi absoluta confianza en las percepciones sensoriales y en la infalibilidad de los principios necesarios análoga a la confianza que antes tenía en asuntos creídos por la autoridad de otros? ¿Es solo análoga a la confianza que la mayoría de la gente deposita en sus órganos de la visión, o es rigurosamente verdadera sin mezcla de ilusión o duda?».

Me dediqué entonces con empeño a examinar las nociones que derivamos de la evidencia de los sentidos y de la vista para ver si podían ponerse en duda. El resultado de un examen cuidadoso fue que mi confianza en ellas se vio sacudida.

Nuestra vista, por ejemplo, tal vez el más ejercitado de todos nuestros sentidos, observa una sombra y, al encontrarla aparentemente estacionaria, la declara desprovista de movimiento.

La observación y la experiencia, no obstante, demuestran posteriormente que una sombra se mueve, no de golpe, es cierto, sino gradual e imperce-

tiblemente, de modo que nunca está realmente inmóvil.

Asimismo, el ojo ve una estrella y la cree del tamaño de una pieza de oro, pero los cálculos matemáticos prueban, por el contrario, que es más grande que la tierra. Estas nociones, y todas las demás que los sentidos declaran verdaderas, son posteriormente contradichas y convictas de falsedad de manera irrefragable por el veredicto de la razón.

Entonces reflexioné en mi interior: «Ya que no puedo confiar en la evidencia de mis sentidos, debo apoyarme únicamente en las nociones intelectuales basadas en principios fundamentales, tales como los siguientes axiomas: "Diez es más que tres. La afirmación y la negación no pueden coexistir juntas. Una cosa no puede ser al mismo tiempo creada y existente desde la eternidad, estar viva y aniquilada simultáneamente, ser a la vez necesaria e imposible"».

A esto, las nociones que derivaba de mis sentidos opusieron las siguientes objeciones: «¿Quién te puede garantizar que puedes confiar en la evidencia de la razón más que en la de los sentidos? Creíste en nuestro testimonio hasta que fue contradicho por el veredicto de la razón; de lo contrario, habrías seguido creyéndolo hasta el día de hoy. Pues bien, tal vez exista por encima de la razón otro juez que, si apareciera, convencería a la razón de falsedad, del mismo modo que la razón nos ha refutado a nosotros. Y si tal tercer árbitro no es aún manifiesto, no se sigue de ello que no exista».

Ante este argumento permanecí algún tiempo sin respuesta; una reflexión extraída de los fenómenos del sueño profundizó mi duda. «¿No ves», reflexioné, «que mientras duermes das por sentado que tus sueños son indiscutiblemente reales? Una vez despierto, los reconoces por lo que son: qui-

meras sin fundamento. ¿Quién te asegura, entonces, la fiabilidad de las nociones que, despierto, derivas de los sentidos y de la razón? En relación con tu estado actual pueden ser reales; pero es posible también que entres en otro estado de ser que guardará con tu estado actual la misma relación que este guarda con tu condición cuando duermes. En esa nueva esfera reconocerás que las conclusiones de la razón son solo quimeras».

Este estado posible es, tal vez, lo que los sufíes llaman «éxtasis» («hāl»), es decir, según ellos, un estado en el que, absorbidos en sí mismos y suspendidas las percepciones sensoriales, tienen visiones fuera del alcance del intelecto.

Tal vez también la Muerte sea ese estado, según aquel dicho del Príncipe de los profetas: «Los hombres están dormidos; cuando mueren, despiertan». Nuestra vida presente en relación con el futuro es tal vez solo un sueño, y el hombre, una vez muerto, verá las cosas en directa oposición a las que ahora están ante sus ojos; comprenderá entonces aquella palabra del Corán: «Hoy hemos quitado el velo de tus ojos y tu vista es aguda».

Tales pensamientos amenazaban con sacudir mi razón, y busqué hallar una vía de escape. ¿Pero cómo? Para desenredar el nudo de esta dificultad, era necesaria una prueba. Ahora bien, una prueba debe basarse en premisas primarias, y era precisamente de estas de las que yo dudaba. Este desdichado estado duró unos dos meses, durante los cuales fui, no es verdad que explícitamente o por profesión, pero sí moral y esencialmente, un escéptico consumado.

Dios se dignó al fin curarme de esta enfermedad mental; mi mente recobró la cordura y el equilibrio, y las premisas primarias de la razón recobraron

conmigo toda su rigurosidad y fuerza. Debí mi liberación, no a una concatenación de pruebas y argumentos, sino a la luz que Dios hizo penetrar en mi corazón: la luz que ilumina el umbral de todo conocimiento.

Suponer que la certeza solo puede basarse en argumentos formales es limitar la infinita misericordia de Dios. Alguien preguntó al Profeta la explicación de este pasaje del Libro Divino: «Dios abre al islam el corazón de aquel a quien elige dirigir».

«Eso se refiere», respondió el Profeta, «a la luz que Dios derrama en el corazón». «¿Y cómo puede el hombre reconocer esa luz?», le preguntaron. «Por su desapego de este mundo de ilusión y por una inclinación secreta hacia el mundo eterno», respondió el Profeta.

En otra ocasión dijo: «Dios creó a sus criaturas en la oscuridad, y luego derramó sobre ellas su luz». Es con la ayuda de esta luz que debe llevarse a cabo la búsqueda de la verdad. Como por su misericordia esta luz desciende de vez en cuando entre los hombres, debemos estar incesantemente al acecho de ella. Esto lo corrobora también otro dicho del Apóstol: «Dios envía sobre vosotros, en ciertos momentos, soplos de su gracia; estad preparados para ellos».

Mi objeto en este relato es hacer comprender a los demás con qué seriedad debemos buscar la verdad, ya que conduce a resultados con los que nunca soñamos. Las premisas primarias no tienen que ser buscadas, ya que están siempre presentes en nuestra mente; si nos empeñamos en tal búsqueda, solo conseguiremos que eludan persistentemente nuestro alcance.

Pero aquellos que llevan su investigación más allá de los límites ordinarios están a salvo de la sospecha de negligencia en la persecución de lo que está a su alcance.

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LAS DIFERENTES CLASES DE BUSCADORES DE LA VERDAD

✦

Cuando Dios, en la abundancia de su misericordia, me hubo curado de esta enfermedad, averigüé que quienes se dedican a la búsqueda de la verdad pueden dividirse en tres grupos.

I. Los teólogos escolásticos, que profesan seguir la teoría y la especulación.

II. Los filósofos, que profesan apoyarse en la lógica formal.

III. Los sufíes, que se llaman a sí mismos los elegidos de Dios y poseedores de la intuición y del conocimiento de la verdad por medio del éxtasis.

«La verdad», me dije a mí mismo, «debe encontrarse entre estas tres clases de hombres que se dedican a su búsqueda. Si se les escapa a ellos, se debe renunciar a toda esperanza de alcanzarla. Una vez abandonada la creencia ciega, es imposible volver a ella, pues la esencia de tal creencia es no ser consciente de sí misma. Tan pronto como esta inconsciencia cesa, se rompe como un vaso cuyos fragmentos no pueden volver a unirse excepto siendo arrojados de nuevo al horno y remodelados».

Decidido a seguir estos caminos y a explorar estos sistemas hasta el fondo, procedí con mis investigaciones en el siguiente orden: teología escolástica, sistemas filosóficos y, finalmente, sufismo.

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

EL OBJETIVO DE LA TEOLOGÍA ESCOLÁSTICA Y SUS RESULTADOS

✦

Comenzando por la ciencia teológica, la estudié y medité cuidadosamente. Leí los escritos de las autoridades en esta materia y yo mismo compuse varios tratados. Reconocí que esta ciencia, si bien bastaba para sus propios requerimientos, no podía ayudarme a llegar a la meta deseada.

En resumen, su objeto es preservar la pureza de las creencias ortodoxas de toda innovación herética. Dios, por medio de su Apóstol, ha revelado a sus criaturas una creencia que es verdadera en lo que respecta a sus intereses temporales y eternos; sus artículos principales están expuestos en el Corán y en las tradiciones.

Posteriormente, Satanás sugirió a los innovadores principios contrarios a los de la ortodoxia; ellos escucharon con avidez sus sugerencias y la pureza de la fe se vio amenazada.

Dios erigió entonces una escuela de teólogos y los inspiró con el deseo de defender la ortodoxia por medio de un sistema de pruebas adaptado para desenmascarar las artimañas de los heréticos y frustrar los ataques que hacían a las doctrinas establecidas por la tradición.

Tal es el origen de la teología escolástica. Muchos de sus adeptos, dignos de su elevada vocación, defendieron valientemente la fe ortodoxa probando la realidad de la profecía y la falsedad de las innovaciones heréticas.

Pero, para hacerlo, tuvieron que apoyarse en un cierto número de premisas, que aceptaron en común con sus adversarios, y que la autoridad y el consentimiento universal o simplemente el Corán y las tradiciones los obligaban a aceptar.

Su principal esfuerzo consistió en exponer las autocontradicciones de sus oponentes y refutarlos mediante las premisas que ellos mismos habían profesado aceptar. Ahora bien, un método de argumentación como este tiene poco valor para quien solo admite verdades evidentes por sí mismas.

La teología escolástica no podía, por lo tanto, satisfacerle ni curar la enfermedad de la que padecía.

Es cierto que en su desarrollo posterior la teología no se contentó con defender meramente el dogma; se entregó al estudio de los primeros principios, de las substancias, los accidentes y las leyes que los gobiernan; pero por falta de una base rigurosamente científica, no pudo avanzar mucho en sus investigaciones, ni lograr disipar completamente la oscuridad flotante que brota de las diversidades de creencias.

No niego, no obstante, que haya tenido un resultado más satisfactorio para otros; por el contrario, admito que lo ha tenido; pero ha sido introduciendo el principio de autoridad en materias que no son evidentes por sí mismas. Además, mi objeto es explicar mi propia actitud mental y no disputar con aquellos que han encontrado curación para sí mismos. Los remedios varían según la naturaleza de la enfermedad; los que benefician a unos pueden perjudicar a otros.

FILOSOFÍA.—Hasta qué punto está abierta a censura o no.—En qué puntos sus adherentes pueden ser considerados creyentes o no creyentes, ortodoxos o heréticos.—Qué han tomado prestado de la verdadera doctrina para hacer aceptables sus teorías quiméricas.—Por qué las mentes de los hombres se desvían de la verdad.—Qué criterios están disponibles para separar el oro puro de la aleación en sus sistemas.

Pasé del estudio de la teología escolástica al de la filosofía. Me resultaba claro que, para descubrir en qué han errado los profesores de cualquier rama del conocimiento, se debe hacer un estudio profundo de esa ciencia; se debe igualar, más aún, superar a quienes más saben de ella, a fin de penetrar en secretos suyos que ellos ignoran.

Solo por este método se les puede responder por completo, y de este método no puedo encontrar rastro en los teólogos del islam. En los escritos teológicos dedicados a la refutación de la filosofía solo he encontrado una masa enredada de frases llenas de contradicciones y errores, incapaces de engañar, no diré a una mente crítica, sino ni siquiera a la multitud común.

Convencido de que soñar con refutar una doctrina antes de haberla comprendido a fondo era como disparar a un blanco en la oscuridad, me dediqué con celo al estudio de la filosofía; pero solo en libros y sin la ayuda de un maestro. Dediqué a este trabajo todo el tiempo libre que me dejaba la enseñanza y la composición de obras sobre derecho.

Asistían entonces a mis lecciones trescientos de los estudiantes de Bagdad. Con la ayuda de Dios, estos estudios, llevados a cabo en secreto, por así decirlo, me pusieron en condiciones de comprender a fondo los sistemas filo-

sóficos en el espacio de dos años. Pasé luego cerca de un año meditando sobre estos sistemas tras haberlos comprendido a fondo.

Los sopesé una y otra vez en mi mente hasta que quedaron enteramente libres de toda oscuridad. De esta manera adquirí un conocimiento completo de todos sus subterfugios y sutilezas, de lo que había de verdad y de lo que había de ilusión en ellos.

Procedo ahora a dar un resumen de estas doctrinas. Averigüé que se dividían en diferentes variedades y que sus adherentes podían clasificarse bajo diversos epígrafes. Todos, a pesar de su diversidad, llevan la marca de la infidelidad y la irreligión, aunque hay una diferencia considerable entre los antiguos y los modernos, entre los primeros y los últimos de estos filósofos, según se hayan alejado o aproximado a la verdad en mayor o menor grado.

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

ACERCA DE LAS SECTAS FILOSÓFICAS Y EL ESTIGMA DE INFIDELIDAD QUE LAS AFECTA A TODAS

✦

Los sistemas filosóficos, a pesar de su número y variedad, pueden reducirse a tres: (1) Los materialistas; (2) Los naturalistas; (3) Los teístas.

(1) Los materialistas. Rechazan a un Creador e Ordenador del Universo inteligente y omnipotente. A su juicio, el mundo existe desde toda la eternidad y no tuvo autor. El animal procede del semen y el semen del animal; así ha sido siempre y siempre será; quienes sostienen esta doctrina son ateos.

(2) Los naturalistas. Estos se dedican al estudio de la naturaleza y de los maravillosos fenómenos del mundo animal y vegetal. Habiendo analizado cuidadosamente los órganos animales con la ayuda de la anatomía, impresionados por las maravillas de la obra de Dios y por la sabiduría allí revelada, se ven obligados a admitir la existencia de un Creador sabio que conoce el fin y el propósito de cada cosa.

Y ciertamente nadie puede estudiar la anatomía y el maravilloso mecanismo de los seres vivos sin verse obligado a confesar la profunda sabiduría de Aquel que ha formado los cuerpos de los animales y especialmente del hombre. Pero llevados por sus investigaciones naturales creyeron que la existencia de un ser dependía absolutamente del adecuado equilibrio de su organismo.

Según ellos, a medida que este último perece y se destruye, así ocurre con la facultad pensante que está ligada a él; y como afirman que la restauración a la existencia de una cosa una vez destruida es impensable, niegan la inmortalidad del alma. En consecuencia, niegan el cielo, el infierno, la resurrección y el juicio.

Al no reconocer ni una recompensa por las buenas acciones ni un castigo por las malas, se despojan de toda autoridad y se sumergen en los placeres sensuales con la avidez de los brutos. Estos también deberían ser llamados ateos, pues la verdadera fe depende no solo del reconocimiento de Dios, sino de su Apóstol y del Día del Juicio. Y aunque reconocen a Dios y sus atributos, niegan el juicio venidero.

(3) Vienen a continuación los teístas. Entre ellos debe contarse a Sócrates, que fue el maestro de Platón como Platón lo fue de Aristóteles. Este último redactó para sus discípulos las reglas de la lógica, organizó las ciencias, elucidó lo que antes era oscuro y expuso lo que no se había entendido.

Esta escuela refutó los sistemas de las otras dos, es decir, de los materialistas y de los naturalistas; pero al exponer sus creencias erróneas y perversas, hicieron uso de argumentos que no debieron emplear. «Dios basta para proteger a los creyentes en la guerra» (Corán, xxxiii. 25).

Aristóteles también combatió con éxito las teorías de Platón, Sócrates y los teístas que lo habían precedido, y se separó completamente de ellos; pero no pudo eliminar de su doctrina las manchas de infidelidad y herejía que desfiguran la enseñanza de sus predecesores. Debemos, por tanto, considerarlos a todos como no creyentes, así como a los llamados filósofos musul-

manes, tales como Ibn Sina (Avicena) y Farabi, que han adoptado sus sistemas.

Reconozcamos, no obstante, que entre los filósofos musulmanes ninguno ha interpretado mejor la doctrina de Aristóteles que este último. Lo que otros han transmitido como su enseñanza está lleno de error, confusión y oscuridad adaptada para desconcertar al lector. Lo ininteligible no puede ser ni aceptado ni rechazado.

La filosofía de Aristóteles, todo conocimiento serio de la cual debemos a la traducción de estos dos hombres doctos, puede dividirse en tres partes: la primera contiene materias justamente imputables de impiedad, la segunda está viciada de herejía, y la tercera estamos obligados a rechazarla absolutamente. Procedemos a los detalles:

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

DIVISIONES DE LAS CIENCIAS FILOSÓFICAS

✦

Estas ciencias, en relación con el objetivo que nos hemos propuesto, pueden dividirse en seis secciones: (1) Matemáticas; (2) Lógica; (3) Física; (4) Metafísica; (5) Política; (6) Filosofía Moral.

Las matemáticas comprenden el conocimiento del cálculo, la geometría y la cosmografía: no tienen conexión con las ciencias religiosas, y no prueban nada a favor o en contra de la religión; descansan sobre una base de pruebas que, una vez conocidas y comprendidas, no pueden ser refutadas. Las matemáticas tienden, no obstante, a producir dos malos resultados.

El primero es este: quien estudia esta ciencia admira la sutileza y claridad de sus pruebas. Su confianza en la filosofía aumenta y piensa que todas sus ramas son capaces de la misma claridad y solidez de prueba que las matemáticas.

Pero cuando oye a la gente hablar de la incredulidad e impiedad de los matemáticos, de su desprecio declarado por la Ley Divina, el cual es notorio, es verdad que, por respeto a la autoridad, se hace eco de estas acusaciones, pero se dice al mismo tiempo que, si hubiera verdad en la religión, no se les habría escapado a quienes han demostrado tanta agudeza de intelecto en el estudio de las matemáticas.

Luego, cuando se da cuenta de la incredulidad y el rechazo de la religión por parte de estos hombres doctos, concluye que rechazar la religión es ra-

zonable. ¡A cuántos hombres extraviados de este tipo he conocido cuyo único argumento era el que se acaba de mencionar!

Y suponiendo que se les hiciera la siguiente objeción: «No se sigue que un hombre que sobresale en una rama del conocimiento sobresalga en todas las demás, ni que deba estar igualmente versado en jurisprudencia, teología y medicina. Es posible ser enteramente ignorante en metafísica y, no obstante, ser un excelente gramático. Hay maestros consumados en cada ciencia que son enteramente ignorantes de otras ramas del conocimiento. Los argumentos de los filósofos antiguos son rígidamente demostrativos en matemáticas y solo conjeturales en cuestiones religiosas. Para verificar esto hay que proceder a un examen exhaustivo de la materia».

Suponiendo, digo, que se haga la anterior objeción a estos «micos de la incredulidad», la encuentran desagradable. Creyéndose presas de sus pasiones, de una vanidad embrutecida y del deseo de pasar por hombres doctos, persisten en mantener la preeminencia de los matemáticos en todas las ramas del conocimiento.

Este es un mal grave, y por esta razón se debe frenar a quienes estudian matemáticas para que no vayan demasiado lejos en sus investigaciones. Porque aunque esté tan alejado como pueda estar de las cosas de la religión, este estudio, al servir como introducción a los sistemas filosóficos, proyecta sobre la religión su maligna influencia.

Rara vez un hombre se dedica a él sin despojarse de su fe y sacudirse los frenos de la religión.

El segundo mal proviene del musulmán sincero pero ignorante que piensa que la mejor manera de defender la religión es rechazando todas las ciencias exactas. Acusando a sus profesores de estar extraviados, rechaza sus teorías sobre los eclipses de sol y de luna, y los condena en nombre de la religión.

Estas acusaciones se difunden a lo largo y ancho, llegan a oídos del filósofo que sabe que estas teorías descansan en pruebas infalibles; lejos de perder la confianza en ellas, cree, por el contrario, que el islam tiene por base la ignorancia y la negación de las pruebas científicas, y su devoción a la filosofía aumenta con su odio a la religión.

Es, por tanto, un gran perjuicio para la religión suponer que la defensa del islam implica la condena de las ciencias exactas. La ley religiosa no contiene nada que las apruebe o las condene, y a su vez ellas no atacan a la religión.

Las palabras del Profeta: «El sol y la luna son dos signos del poder de Dios; no se eclipsan por el nacimiento o la muerte de nadie; cuando veáis estos signos, refugiaos en la oración e invocad el nombre de Dios»; estas palabras, digo, no condenan de ninguna manera los cálculos astronómicos que definen las órbitas de estos dos cuerpos, su conjunción y oposición según leyes particulares.

Pero en cuanto a la llamada tradición: «Cuando Dios se revela a sí mismo en algo, se humilla ante ello», no es auténtica y no se encuentra en ninguna colección fidedigna de las tradiciones.

Tal es el alcance y el peligro posible de las matemáticas.

(2) Lógica. Esta ciencia, del mismo modo, no contiene nada a favor ni en contra de la religión. Su objeto es el estudio de los diferentes tipos de pruebas y silogismos, las condiciones que deben darse entre las premisas de una proposición, la forma de combinarlas, las reglas de una buena definición y el arte de formularla.

Porque el conocimiento consta de concepciones que brotan de una definición o de convicciones que surgen de las pruebas. No hay, por tanto, nada censurable en esta ciencia, y es puesta a contribución tanto por los teólogos como por los filósofos.

La única diferencia es que estos últimos usan un conjunto particular de fórmulas técnicas y que llevan sus divisiones y subdivisiones más lejos.

Cabe preguntar: ¿Qué tiene que ver esto con las graves cuestiones de la religión y sobre qué base debe ofrecerse oposición a los métodos de la lógica? El objetor, se dirá, solo puede inspirar al lógico una opinión desfavorable sobre la inteligencia y la fe de su adversario, dado que la fe de este último parece basarse en tales objeciones.

Pero, debe admitirse, la lógica es susceptible de abuso. Los lógicos exigen en el razonamiento ciertas condiciones que conducen a la certeza absoluta, pero cuando tocan cuestiones religiosas, ya no pueden postular estas condiciones y deben, por tanto, relajar su rigidez habitual.

Ocurre, en consecuencia, que un estudiante enamorado de los métodos evidenciales de la lógica, al oír que se acusa a sus profesores de irreligión, cree que esta irreligión reposa sobre pruebas tan fuertes como las de la ló-

gica e inmediatamente, sin intentar el estudio de la metafísica, comparte su error. Este es un grave inconveniente que surge del estudio de la lógica.

(3) Física. El objeto de esta ciencia es el estudio de los cuerpos que componen el universo: el cielo y las estrellas, y, aquí abajo, los elementos simples como el aire, la tierra, el agua, el fuego, y los cuerpos compuestos: animales, plantas y minerales; las razones de sus cambios, desarrollos y mezclas.

Por la naturaleza de sus investigaciones está íntimamente conectada con el estudio de la medicina, cuyo objeto es el cuerpo humano, sus órganos principales y secundarios, y la ley que gobierna sus cambios.

Al no tener la religión nada que reprochar a la ciencia médica, tampoco puede tenerlo justamente con la física, excepto en algunas materias especiales que hemos mencionado en la obra titulada La destrucción de los filósofos. Aparte de estas cuestiones primarias, hay algunas subordinadas que dependen de ellas sobre las cuales la ciencia física está abierta a objeción.

Pero toda la ciencia física descansa, según creemos, en el siguiente principio: la Naturaleza está completamente sujeta a Dios; incapaz de actuar por sí misma, es un instrumento en manos del Creador; el sol, la luna, las estrellas y los elementos están sujetos a Dios y no pueden producir nada por sí mismos. En una palabra, nada en la naturaleza puede actuar espontáneamente y al margen de Dios.

⁂

(4) Metafísica. Este es el fértil terreno de cultivo de los errores de los filósofos. Aquí ya no pueden satisfacer las leyes del razonamiento riguroso como

exige la lógica, y esto es lo que explica las disputas que surgen entre ellos en el estudio de la metafísica.

El sistema más cercano al sistema de los doctores mahometanos es el de Aristóteles expuesto para nosotros por Farabi y Avicena. La suma total de sus errores puede reducirse a veinte proposiciones: tres de ellas son irreligiosas y las otras diecisiete heréticas. Fue para combatir su sistema que escribimos la obra La destrucción de los filósofos. Las tres proposiciones en las que se oponen a todas las doctrinas del islam son las siguientes:

(1) Los cuerpos no resucitan; solo los espíritus serán recompensados o castigados; los castigos futuros serán por tanto espirituales y no físicos. Tienen razón al admitir castigos espirituales, pues los habrá; pero se equivocan al rechazar los castigos físicos y contradecir de esta manera las afirmaciones de la Ley Divina.

(2) «Dios tiene conocimiento de los universales, no de los particulares». Esto es manifiestamente irreligioso. El Corán afirma con verdad: «Ni el peso de un átomo en el cielo o en la tierra puede escapar a su conocimiento» (x. 62).

(3) Sostienen que el universo existe desde toda la eternidad y nunca terminará.

Ninguna de estas proposiciones ha sido jamás admitida por los musulmanes.

Además de esto, niegan que Dios tenga atributos, y sostienen que Él conoce solo por su esencia y no por medio de ningún atributo accesorio a su esencia. En este punto se acercan a la doctrina de los mu'tazilitas, doctrinas

que no estamos obligados a condenar como irreligiosas. Por el contrario, en nuestra obra titulada Criterios de las diferencias que dividen al islam del ateísmo, hemos probado el error de quienes acusan de irreligión a todo lo que se opone a su forma de ver las cosas.

(5) Ciencia Política. Los profesores de esta se limitan a redactar las reglas que regulan los asuntos temporales y el poder real. Han tomado prestadas sus teorías sobre este punto de los libros que Dios ha revelado a sus profetas y de las sentencias de los antiguos sabios, recogidas por la tradición.

(6) Filosofía Moral. Los profesores de esta se ocupan de definir los atributos y cualidades del alma, agrupándolos según género y especie, y señalando la manera de moderarlos y controlarlos. Han tomado prestado este sistema de los sufíes.

Estos hombres devotos, que están siempre ocupados invocando el nombre de Dios, combatiendo la concupiscencia y siguiendo el camino de Dios mediante el renuncio a los placeres de este mundo, han recibido, mientras estaban en estado de éxtasis, revelaciones referentes a las cualidades del alma, sus defectos y sus malas inclinaciones.

Estas revelaciones las han publicado, y los filósofos, haciendo uso de ellas, las han introducido en sus propios sistemas a fin de embellecer y dar circulación a sus falsedades. En tiempos de los filósofos, como en cualquier otro período, existieron algunos de estos místicos fervientes.

Dios no priva a este mundo de ellos, pues son sus sustentadores, y atraen hacia él las bendiciones del cielo según la tradición: «Es por ellos que obtenéis la lluvia, es por ellos que recibís vuestra subsistencia». Tales fueron

«los Compañeros de la Caverna», que vivieron en tiempos antiguos, según relata el Corán (xviii.).

Ahora bien, esta mezcla de doctrina moral y filosófica con las palabras del Profeta y las de los sufíes da lugar a dos peligros, uno para el defensor de esas doctrinas y otro para su oponente.

El peligro para su oponente es grave. Un hombre de mente estrecha, al encontrar en sus escritos filosofía moral mezclada con teorías infundadas, cree que debe rechazarlas por completo y condenar a quienes las profesan. Habiéndolas oído solo de su boca, no duda en su ignorancia en declararlas falsas porque quienes las enseñan están en el error.

Es como si alguien rechazara la profesión de fe hecha por los cristianos: «Solo hay un Dios y Jesús es su profeta», simplemente porque procede de cristianos y sin indagar si es la profesión de este credo o la negación de la misión profética de Mahoma lo que hace infieles a los cristianos.

Ahora bien, si solo son infieles por su rechazo de nuestro profeta, no tenemos derecho a rechazar aquellas de sus doctrinas que no llevan el sello de la infidelidad. En una palabra, la verdad no deja de ser verdadera porque se encuentre entre ellos.

Tal es, no obstante, la tendencia de las mentes débiles: juzgan la verdad según sus profesores en lugar de juzgar a sus profesores según el rasero de la verdad.

Pero un espíritu liberal tomará como guía esta máxima del Príncipe de los creyentes, Ali el hijo de Abu Talib: «No busques la verdad por medio de

los hombres; halla primero la verdad y luego reconocerás a quienes la siguen». Este es el procedimiento seguido por un hombre sabio.

Una vez en posesión de la verdad, examina la base de las diversas doctrinas que se le presentan, y cuando las ha encontrado verdaderas, las acepta sin preocuparse de si la persona que las enseña es sincera o un engañador.

Más bien, recordando cómo el oro está enterrado en las entrañas de la tierra, se esfuerza por separar la verdad de la masa de errores en la que está sumergida. El ensayador de monedas experimentado hunde sin dudar su mano en la bolsa del falsificador de dinero y, apoyándose en la experiencia, separa las monedas buenas de las malas.

Es el rústico ignorante, y no el ensayador experimentado, quien preguntará por qué deberíamos tener algo que ver con un falsificador. Al nadador inexperto se le debe mantener alejado de la orilla del mar, no al experto en buceo. Al niño, no al encantador, se le debe prohibir tocar serpientes.

⁂

De hecho, los hombres tienen tan buena opinión de sí mismos, de su superioridad mental y de su profundidad intelectual; se creen tan diestros en discernir lo verdadero de lo falso, el camino de salvación de los del error, que se les debería prohibir en la medida de lo posible la lectura de escritos filosóficos, pues aunque a veces escapan al peligro que se acaba de señalar, no pueden evitar el que estamos a punto de indicar.

Algunas de las máximas encontradas en mis obras sobre los misterios de la religión han tropezado con objetores de rango inferior en la ciencia, cuya penetración intelectual es insuficiente para sondear tales profundidades.

Afirman que estas máximas han sido tomadas de los filósofos antiguos, cuando la verdad es que son el fruto de mis propias meditaciones, pero como dice el proverbio: «La sandalia sigue la huella de la sandalia». Algunas de ellas se encuentran en nuestros libros de ley religiosa, pero la mayor parte deriva de los escritos de los sufíes.

Pero aun si hubieran sido tomadas exclusivamente de las doctrinas de los filósofos, ¿es correcto rechazar una opinión cuando es razonable en sí misma, apoyada por pruebas sólidas y no contradice ni al Corán ni a las tradiciones?

Si adoptamos este método y rechazamos toda verdad que por casualidad haya sido proclamada por un impostor, ¡cuántas verdades tendríamos que rechazar! ¡A cuántos versículos del Corán y tradiciones de los profetas y discursos sufíes y máximas de sabios deberíamos cerrar nuestros oídos porque el autor del Tratado de los Hermanos de la Pureza los ha insertado en sus escritos para promover su causa y para extraviar gradualmente a las mentes en los caminos del error!

La consecuencia de este procedimiento sería que los impostores nos arrebatarían las verdades de las manos para embellecer sus propias obras. El hombre sabio, al menos, no debería hacer causa común con el fanático cegado por la ignorancia.

La miel no se vuelve impura porque haya resultado colocada en el vaso que el cirujano usa para las sangrías. La impureza de la sangre se debe no a su contacto con este vaso, sino a una peculiaridad inherente a su propia naturaleza; no existiendo esta peculiaridad en la miel, no puede serle comuni-

cada por estar en el vaso de sangría; es por tanto un error considerarla impura.

Tal es, sin embargo, la extravagante forma de ver las cosas que se encuentra en casi todos los hombres. Toda palabra procedente de una autoridad que aprueban es aceptada por ellos, aunque fuera falsa; toda palabra procedente de alguien de quien sospechan es rechazada, aunque fuera verdadera.

En cada caso juzgan la verdad según sus profesores y no a los hombres según la verdad que profesan, un ne plus ultra del error. Tal es el peligro en el que la filosofía envuelve a sus oponentes.

El segundo peligro amenaza a quienes aceptan las opiniones de los filósofos. Cuando, por ejemplo, leemos los tratados de los «Hermanos de la Pureza» y otras obras del mismo tipo, encontramos en ellos frases pronunciadas por el Profeta y citas de los sufíes.

Aprobamos estas obras; les damos nuestra confianza; y terminamos aceptando los errores que contienen, debido a la buena opinión que nos han inspirado desde el principio. Así, por grados insensibles, somos llevados al extravío.

En vista de este peligro, la lectura de escritos filosóficos tan llenos de utopías vanas y engañosas debería prohibirse, del mismo modo que se prohíben las orillas resbaladizas de un río a quien no sabe nadar. La lectura de estas falsas enseñanzas debe prevenirse igual que se previene a los niños de tocar serpientes.

Un propio encantador de serpientes se abstendrá de tocar serpientes en presencia de su hijo pequeño, porque sabe que el niño, creyéndose tan hábil como su padre, no dejará de imitarlo; y para dar más peso a su prohibición, el encantador no tocará una serpiente bajo los ojos de su hijo.

Tal debería ser la conducta de un hombre docto que es también sabio. Pero el encantador de serpientes, después de haber tomado la serpiente y separado el veneno del antídoto, habiendo puesto este último a un lado y destruido el veneno, no debe denegar el antídoto a quienes lo necesitan.

Del mismo modo, el ensayador de monedas experimentado, después de haber metido la mano en la bolsa del falsificador, sacado las monedas buenas y arrojado las malas, no debe rechazar las buenas a quienes las necesitan y se las piden. Tal debería ser la conducta del hombre docto.

Si el paciente siente cierta aversión al antídoto porque sabe que se extrae de una serpiente cuyo cuerpo es el receptáculo del veneno, se le debe desengañar de su falacia. Si un mendigo vacila en tomar una pieza de oro que sabe que proviene de la bolsa de un falsificador, se le debe decir que su vacilación es un puro error que lo privaría del beneficio que busca.

Debería probársele que el contacto de las buenas monedas con las malas no perjudica a las primeras ni mejora a las segundas. Del mismo modo, el contacto de la verdad con la falsedad no transforma la verdad en falsedad, como tampoco transforma la falsedad en verdad.

Esto es cuanto tenemos que decir con respecto a los inconvenientes y peligros que brotan del estudio de la filosofía.

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

EL SUFISMO

✦

Cuando hube terminado mi examen de estas doctrinas, me apliqué al estudio del sufismo. Vi que para comprenderlo a fondo se debe combinar la teoría con la práctica. El objetivo que los sufíes se proponen es el siguiente: liberar al alma del yugo tiránico de las pasiones, librarla de sus malas inclinaciones y malos instintos, a fin de que en el corazón purificado solo quede lugar para Dios y para la invocación de su santo nombre.

Como era más fácil aprender su doctrina que practicarla, estudié en primer lugar aquellos de sus libros que la contienen: El alimento de los corazones, de Abu Talib de La Meca, las obras de Hareth el Muhasibi y los fragmentos que aún quedan de Junaid, Shibli, Abu Yezid Bustami y otros líderes (cuyas almas Dios santifique).

Adquirí un conocimiento profundo de sus investigaciones y aprendí todo lo que era posible aprender de sus métodos mediante el estudio y la enseñanza oral. Me resultó claro que a la última etapa no se podía llegar por la mera instrucción, sino solo por el arrebato, el éxtasis y la transformación del ser moral.

Definir la salud y la saciedad, penetrar sus causas y condiciones, es algo muy distinto de estar sano y satisfecho. Definir la embriaguez, saber que es causada por los vapores que se elevan del estómago y nublan el asiento de la inteligencia, es algo muy diferente de estar ebrio.

El hombre ebrio no tiene idea de la naturaleza de la embriaguez, precisamente porque está ebrio y no está en condiciones de comprender nada, mientras que el médico, al no estar bajo la influencia de la embriaguez, conoce su carácter y sus leyes. O si el médico cae enfermo, tiene un conocimiento teórico de la salud de la que está privado.

Del mismo modo, hay una diferencia considerable entre conocer la renuncia, comprender sus condiciones y causas, y practicar la renuncia y el desapego de las cosas de este mundo. Vi que el sufismo consiste en experiencias más bien que en definiciones, y que lo que me faltaba pertenecía al dominio no de la instrucción, sino del éxtasis y la iniciación.

Las investigaciones a las que me había dedicado, el camino que había recorrido al estudiar las ramas religiosas y especulativas del conocimiento, me habían dado una fe firme en tres cosas: Dios, la Inspiración y el Juicio Final.

Estos tres artículos fundamentales de creencia se confirmaron en mí, no meramente por argumentos definitivos, sino por una cadena de causas, circunstancias y pruebas que es imposible relatar.

Vi que solo se puede esperar la salvación por la devoción y la conquista de las propias pasiones, un procedimiento que presupone la renuncia y el desapego de este mundo de falsedad a fin de volverse hacia la eternidad y la meditación en Dios. Finalmente, vi que la única condición de éxito era sacrificar honores y riquezas y cortar los lazos y apego de la vida mundana.

Llegando seriamente a considerar mi estado, me encontré atado por todos lados por estas trabas. Examinando mis acciones, las más bienparecidas de

las cuales eran mis actividades lectivas y profesorales, descubrí con sorpresa que estaba absorbido en varios estudios de escaso valor e inútiles en lo que respecta a mi salvación.

Sondeé los motivos de mi enseñanza y descubrí que, en lugar de estar sinceramente consagrada a Dios, solo estaba motivada por un vano deseo de honor y reputación. Percibí que estaba al borde de un abismo y que sin una conversión inmediata estaría condenado al fuego eterno. En estas reflexiones pasé un largo tiempo.

Aún presa de la incertidumbre, un día decidí dejar Bagdad y renunciar a todo; al día siguiente renuncié a mi resolución. Avancé un paso e inmediatamente me relajé. Por la mañana estaba sinceramente resuelto a ocuparme solo de la vida futura; por la tarde una multitud de pensamientos carnales asaltaban y dispersaban mis resoluciones.

Por un lado, el mundo me mantenía atado a mi puesto con las cadenas de la codicia; por el otro lado, la voz de la religión me gritaba: «¡Arriba! ¡Arriba! Tu vida se acerca a su fin y tienes un largo viaje que hacer. Todo tu pretendido conocimiento no es más que falsedad y fantasía. Si no piensas ahora en tu salvación, ¿cuándo pensarás en ella? Si no rompes tus cadenas hoy, ¿cuándo las romperás?».

Entonces mi resolución se fortaleció, deseé renunciar a todo y huir; pero el Tentador, volviendo al ataque, dijo: «Estás sufriendo un sentimiento transitorio; no te rindas a él, porque pronto pasará. Si lo obedeces, si renuncias a esta magnífica posición, a este puesto honorable exento de problemas y rivalidades, a esta sede de autoridad a salvo de ataques, te arrepentirás más tarde sin poder recuperarlo».

Así permanecí, desgarrado por las fuerzas opuestas de las pasiones terrenales y las aspiraciones religiosas, durante unos seis meses a partir del mes de Rayab del año 1096 d. C. Al término de ellos mi voluntad cedió y me entregué al destino. Dios hizo que un impedimento encadenara mi lengua y me impidiera enseñar.

En vano deseaba, en interés de mis alumnos, continuar con mi enseñanza, pero mi boca se volvió muda. El silencio al que fui condenado me sumió en una violenta desesperación; mi estómago se debilitó; perdí todo el apetito; no podía ni tragar un bocado de pan ni beber una gota de agua.

El debilitamiento de mis fuerzas físicas fue tal que los médicos, desesperados por salvarme, dijeron: «El mal está en el corazón y se ha comunicado a todo el organismo; no hay esperanza a menos que se ataje la causa de su grieva tristeza».

Finalmente, consciente de mi debilidad y de la prostración de mi alma, me refugié en Dios como un hombre al límite de sí mismo y sin recursos. «Aquel que escucha al desdichado cuando clama» (Corán, xxvii. 63) se dignó escucharme; me hizo fácil el sacrificio de los honores, la riqueza y la familia.

Declaré públicamente que pretendía hacer la peregrinación a La Meca, mientras que en secreto resolví ir a Siria, no queriendo que el Califa (que Dios lo magnifique) o mis amigos supieran mi intención de establecerme en ese país. Inventé todo tipo de excusas ingeniosas para salir de Bagdad con la firme intención de no regresar allí.

Los imanes de Irak me criticaron unánimemente. Ni uno solo de ellos pudo admitir que este sacrificio tuviera un motivo religioso, porque consideraban mi posición como la más alta alcanzable en la comunidad religiosa.

«¡Ved hasta dónde llega su conocimiento!» (Corán, liii. 31). Todo tipo de explicaciones sobre mi conducta surgieron. Quienes estaban fuera de los límites de Irak lo atribuyeron al temor que el Gobierno me inspiraba.

Quienes estaban en el lugar y veían cómo las autoridades deseaban retenerme, su disgusto por mi resolución y mi rechazo a su petición, se decían a sí mismos: «¡Es una calamidad que solo se puede imputar a un destino que ha acaecido sobre los Fieles y el Saber!».

⁂

Al fin dejé Bagdad, renunciando a toda mi fortuna. Solo que, como las tierras y propiedades en Irak pueden constituir un legado para fines piadosos, obtuve una autorización legal para conservar lo necesario para mi sustento y el de mis hijos; pues ciertamente no hay nada más lícito en el mundo que el que un hombre docto provea lo suficiente para mantener a su familia.

Me dirigí entonces a Siria, donde permanecí durante dos años, que dediqué al retiro, la meditación y los ejercicios devotos. Solo pensaba en el perfeccionamiento personal y la disciplina y en la purificación del corazón mediante la oración, pasando por las formas de devoción que los sufíes me habían enseñado.

Solía llevar una vida solitaria en la Mezquita de Damasco, y tenía la costumbre de pasar los días en el minarete tras cerrar la puerta detrás de mí.

De allí me dirigí a Jerusalén y todos los días me recluía en el Santuario de la Roca. Después de eso sentí el deseo de cumplir la Peregrinación y recibir una plena efusión de gracia visitando La Meca, Medina y la Tumba del Profeta. Tras visitar el santuario del Amigo de Dios (Abraham), fui al Hiyaz.

Finalmente, los anhelos de mi corazón y las oraciones de mis hijos me hicieron regresar a mi país, aunque al principio estaba tan firmemente resuelto a no volver a visitarlo jamás.

De todos modos, mi intención era, si regresaba, vivir allí solitario y en meditación religiosa; pero los acontecimientos, las preocupaciones familiares y las vicisitudes de la vida cambiaron mis resoluciones y turbaron mi calma meditativa.

No obstante, por irregulares que fueran los intervalos que podía dedicar al éxtasis devocional, mi confianza en él no disminuyó; y cuanto más me desviaban los obstáculos, con más firmeza volvía a él.

Diez años pasaron de esta manera. Durante mis sucesivos períodos de meditación me fueron reveladas cosas imposibles de relatar. Todo lo que diré para edificación del lector es esto: aprendí de una fuente segura que los sufíes son los verdaderos pioneros en el camino de Dios; que no hay nada más hermoso que su vida, ni más digno de alabanza que su regla de conducta, ni más puro que su moralidad.

La inteligencia de los pensadores, la sabiduría de los filósofos, el conocimiento de los más doctos doctores de la ley combinarían en vano sus esfuerzos para modificar o mejorar su doctrina y su moral; sería imposible.

Con los sufíes, el reposo y el movimiento, exterior o interior, están iluminados con la luz que procede de la Radiancia Central de la Inspiración. ¿Y qué otra luz podría brillar sobre la faz de la tierra? En una palabra, ¿qué se puede criticar en ellos? Purgar el corazón de todo lo que no pertenece a Dios es el primer paso en su método catártico.

La elevación del corazón por la oración es la piedra angular del mismo, como el grito «Allahu Akbar» (Dios es grande) es la piedra angular de la oración, y la última etapa es el estar perdido en Dios.

Digo la última etapa con referencia a lo que se puede alcanzar mediante un esfuerzo de la voluntad; pero, a decir verdad, es solo la primera etapa en la vida de contemplación, el vestíbulo por el cual entran los iniciados.

Desde el momento en que se emprenden en este camino, las revelaciones empiezan para ellos. Llegan a ver en estado de vigilia a ángeles y almas de profetas; oyen sus voces y sabios consejos.

Por medio de esta contemplación de formas e imágenes celestiales se elevan por grados a alturas que el lenguaje humano no puede alcanzar, las cuales no se pueden siquiera indicar sin caer en grandes e inevitables errores.

El grado de proximidad a la Divinidad que alcanzan es considerado por algunos como entremezclado de ser (haloul), por otros como identificación (ittihād), por otros como unión íntima (wasl). Pero todas estas expresiones son erróneas, como hemos explicado en nuestra obra titulada El objetivo principal. Aquellos que han alcanzado esa etapa deben limitarse a repetir el verso:

Lo que experimento no intentaré decirlo;

Llámame feliz, pero no me preguntes más.

En resumen, quien no llega a la intuición de estas verdades por medio del éxtasis, solo conoce el nombre de la inspiración. Los milagros obrados por los santos son, de hecho, meramente las formas más tempranas de la manifestación profética. Tal era el estado del Apóstol de Dios cuando, antes de recibir su comisión, se retiraba al Monte Hira para entregarse a tal intensidad de oración y meditación que los árabes decían: «Mahoma se ha enamorado de Dios».

Este estado, entonces, puede ser revelado al iniciado en el éxtasis, y a quien es incapaz de éxtasis, por la obediencia y la atención, a condición de que frecuente la sociedad de los sufíes hasta llegar, por así decirlo, a una iniciación imitativa. Tal es la fe que se puede obtener permaneciendo entre ellos, e interactuar con ellos nunca es doloroso.

Pero incluso cuando estamos privados de la ventaja de su sociedad, podemos comprender la posibilidad de este estado (revelación por medio del éxtasis) por una cadena de pruebas manifiestas. Hemos explicado esto en el tratado titulado Maravillas del corazón, que forma parte de nuestra obra La revitalización de las ciencias religiosas.

La certeza derivada de las pruebas se llama «conocimiento»; pasar al estado que describimos se llama «arrebato»; creer en la experiencia de otros y en la transmisión oral es «fe».

Tales son los tres grados de conocimiento, como está escrito: «El Señor elevará a diferentes rangos a aquellos de vosotros que han creído y a aquellos que han recibido conocimiento de Él» (Corán, lviii. 12).

Pero detrás de los que creen viene una multitud de personas ignorantes que niegan la realidad del sufismo, oyen discursos sobre él con ironía incrédula y tratan como charlatanes a quienes lo profesan. A esta multitud ignorante se aplica el versículo: «Hay entre ellos quienes vienen a escucharte, y cuando te dejan, preguntan a los que han recibido conocimiento: "¿Qué acaba de decir?". Estos son aquellos cuyos corazones Dios ha sellado con ceguera y que solo siguen sus pasiones».

Entre el número de convicciones que debo a la práctica de la regla sufí se encuentra el conocimiento de la verdadera naturaleza de la inspiración. Este conocimiento es de tan gran importancia que procedo a exponerlo en detalle.

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LA REALIDAD DE LA INSPIRACIÓN: SU IMPORTANCIA PARA LA RAZA HUMANA

✦

La substancia del hombre en el momento de su creación es una mónada simple, desprovista del conocimiento de los mundos sujetos al Creador, mundos cuyo número infinito solo es conocido por Él, como dice el Corán: «Solo tu Señor conoce el número de sus ejércitos».

El hombre llega a este conocimiento con la ayuda de sus percepciones; cada uno de sus sentidos le es dado para que pueda comprender el mundo de las cosas creadas, y por el término «mundo» entendemos las diferentes especies de criaturas. El primer sentido revelado al hombre es el tacto, por medio del cual percibe un cierto grupo de cualidades: caliente, frío, húmedo, seco.

El sentido del tacto no percibe colores ni formas, los cuales son para él como si no existieran. Viene a continuación el sentido de la vista, que le da a conocer los colores y las formas; es decir, aquello que ocupa el rango más alto en el mundo de la sensación. El sentido del oído le sucede, y luego los sentidos del olfato y del gusto.

Cuando el ser humano puede elevarse por encima del mundo de los sentidos, hacia la edad de siete años, recibe la facultad de discriminación; entra entonces en una nueva fase de existencia y puede experimentar, gracias a esta facultad, impresiones superiores a las de los sentidos, que no ocurren en la esfera de la sensación.

Pasa luego a otra fase y recibe la razón, por la cual discierne las cosas necesarias, posibles e imposibles; en una palabra, todas las nociones que no podía combinar en las etapas anteriores de su existencia.

Pero más allá de la razón y a un nivel más elevado se le concede una nueva facultad de visión, por la cual percibe cosas invisibles, los secretos del futuro y otros conceptos tan inaccesibles a la razón como los conceptos de la razón son inaccesibles a la mera discriminación y lo percibido por la discriminación a los sentidos.

Del mismo modo que el hombre que solo posee discriminación rechaza y niega las nociones adquiridas por la razón, así ciertos racionalistas rechazan y niegan la noción de la inspiración. Es una prueba de su profunda ignorancia; pues, en lugar de argumentos, simplemente niegan la inspiración como una esfera desconocida y que no posee existencia real.

De la misma manera, un hombre ciego de nacimiento, que no sabe ni por experiencia ni por información qué son los colores y las formas, no los conoce ni los comprende cuando alguien le habla de ellos por primera vez.

Dios, queriendo hacer inteligible a los hombres la idea de la inspiración, les ha dado una especie de vislumbre de ella en el sueño. De hecho, el hombre percibe mientras duerme las cosas del mundo invisible, ya sea claramente manifiestas o bajo el velo de la alegoría que posteriormente será levantado por la adivinación.

Si, no obstante, se le dijera a una persona que nunca ha experimentado por sí misma estos sueños que, en un estado de letargo semejante a la muerte y durante la suspensión completa de la vista, el oído y todos los sentidos, un

hombre puede ver las cosas del mundo invisible, esta persona exclamaría e intentaría probar la imposibilidad de estas visiones mediante un argumento como el siguiente: «Las facultades sensitivas son las causas de la percepción. Ahora bien, si uno puede percibir ciertas cosas cuando está en plena posesión de estas facultades, cuánto más imposible es su percepción cuando estas facultades están suspendidas».

La falsedad de tal argumento queda demostrada por la evidencia y la experiencia. Porque del mismo modo que la razón constituye una fase particular de existencia en la que se perciben conceptos intelectuales que están ocultos a los sentidos, de manera similar, la inspiración es un estado especial en el que el ojo interior descubre, revelados por una luz celestial, misterios fuera del alcance de la razón.

Las dudas que se plantean con respecto a la inspiración se refieren a (1) su posibilidad, (2) su existencia real y efectiva, (3) su manifestación en esta o aquella persona.

Probar la posibilidad de la inspiración es probar que pertenece a una categoría de ramas del conocimiento a las que no se puede llegar por la razón. Ocurre lo mismo con la ciencia médica y la astronomía. Quien las estudia está obligado a reconocer que derivan únicamente de la revelación y de la gracia especial de Dios. Algunos fenómenos astronómicos solo ocurren una vez en mil años; ¿cómo podemos entonces conocerlos por experiencia?

Podemos decir lo mismo de la inspiración, que es una de las ramas del conocimiento intuicional. Además, la percepción de cosas que están más allá del alcance de la razón es solo uno de los rasgos peculiares de la inspiración, la cual posee un gran número de otros.

La característica que hemos mencionado es solo, por así decirlo, una gota de agua en el océano, y la hemos mencionado porque la gente experimenta lo que es análogo a ella en los sueños y en las ciencias de la medicina y la astronomía. Estas ramas del conocimiento pertenecen al dominio de los milagros proféticos, y la razón no puede alcanzarlas.

En cuanto a las otras características de la inspiración, solo se revelan a los adeptos al sufismo y en un estado de arrebato extático. Lo poco que sabemos de la naturaleza de la inspiración lo debemos a la especie de semejanza con ella que encontramos en el sueño; sin eso seríamos incapaces de comprenderla y, en consecuencia, de creer en ella, pues la convicción resulta de la comprensión.

El proceso de iniciación en el sufismo exhibe esta semejanza con la inspiración desde el principio. Hay en él una especie de éxtasis proporcionado a la condición de la persona iniciada, y un grado de certeza y convicción que no se puede alcanzar por la razón. Este solo hecho es suficiente para hacernos creer en la inspiración.

Pasamos ahora a tratar las dudas relativas a la inspiración de un profeta en particular. No llegaremos a la certeza sobre este punto excepto averiguando, ya sea por evidencia ocular o por tradición confiable, los hechos relativos a ese profeta.

Cuando hayamos averiguado la verdadera naturaleza de la inspiración y procedamos al estudio serio del Corán y las tradiciones, sabremos entonces con certeza que Mahoma es el más grande de los profetas. Después de eso debemos fortificar nuestra convicción verificando la verdad de su predicación y el efecto saludable que tiene sobre el alma.

Debemos verificar en la experiencia la verdad de sentencias como la siguiente: «Quien hace que su conducta concuerde con su conocimiento recibe de Dios más conocimiento»; o esta: «Dios entrega al opresor a quien favorece la injusticia»; o de nuevo: «Quienquiera que al levantarse por la mañana solo tiene una inquietud (agradar a Dios), Dios lo preservará de toda inquietud en este mundo y en el otro».

Cuando hayamos verificado estos dichos en la experiencia miles de veces, estaremos en posesión de una certeza sobre la cual la duda no puede hacer mella. Tal es el camino que debemos recorrer para darnos cuenta de la verdad de la inspiración. No es cuestión de averiguar si una vara se ha transformado en serpiente o si la luna se ha partido en dos.

Si consideramos los milagros aisladamente, sin sus innumerables circunstancias concomitantes, seremos propensos a confundirlos con la magia y la falsedad, o a considerarlos como un medio para extraviar a los hombres, como está escrito: «Dios extravía y dirige según le parece» (Corán, xxxv.

9); nos veremos envueltos en todas las dificultades que suscita la cuestión de los milagros. Si, por ejemplo, creemos que la elocuencia de estilo es una prueba de inspiración, es posible que un estilo elocuente compuesto con este objeto nos inspire una falsa creencia en la inspiración de quien lo maneja.

Lo sobrenatural debe ser solo uno de los componentes que van a formar nuestra creencia, sin depositar excesiva confianza en este o aquel detalle. Deberíamos más bien asemejarnos a una persona que, al enterarse de un hecho por un grupo de gente, no puede señalar a este o aquel hombre en

particular como su informante, y que, sin distinguir entre ellos, no puede explicar con precisión cómo se ha formado su convicción sobre el hecho.

⁂

Tales son las características de la certeza científica. En cuanto al arrebato que permite a los hombres ver la verdad y, por así decirlo, palparla, solo es conocido por los sufíes. Lo que acabo de decir sobre la verdadera naturaleza de la inspiración es suficiente para el objetivo que me he propuesto. Podré volver sobre el tema más adelante, si es necesario.

Paso ahora a las causas de la decadencia de la fe y muestro los medios para hacer volver a quienes se han equivocado y preservarlos de los peligros que los amenazan. Para aquellos que dudan porque están teñidos con la doctrina de los talimitas, mi tratado titulado La balanza justa proporciona una guía suficiente; por tanto, es innecesario volver sobre el tema aquí.

En cuanto a las vanas teorías del Ibahat, las he agrupado en siete clases y las he explicado en la obra titulada Alquimia de la felicidad. Para aquellos cuya fe ha sido minada por la filosofía hasta el punto de negar la realidad de la inspiración, hemos probado la verdad y la necesidad de esta, buscando nuestras pruebas en las propiedades ocultas de las medicinas y de los cuerpos celestes.

Es para ellos para quienes hemos escrito este tratado, y la razón de buscar pruebas en las ciencias de la medicina y de la astronomía es porque estas ciencias pertenecen al dominio de la filosofía. Todas aquellas ramas del conocimiento de las que se jactan nuestros oponentes —astronomía, medi-

cina, física y adivinación— nos proporcionan argumentos a favor del Profeta.

En cuanto a aquellos que, profesando una fe de boca para afuera en el Profeta, adulteran la religión con la filosofía, niegan realmente la inspiración, ya que a su juicio el Profeta es solo un sabio a quien un destino superior ha designado como guía de los hombres, y esta visión contradice la verdadera naturaleza de la inspiración.

Creer en el Profeta es admitir que hay por encima de la inteligencia una esfera en la que se revelan a la visión interior verdades más allá del alcance de la inteligencia, del mismo modo que las cosas vistas no son aprehendidas por el sentido del oído, ni las cosas entendidas por el del tacto.

Si nuestro oponente niega la existencia de tal región superior, podemos probarle no solo su posibilidad, sino su realidad. Si, por el contrario, admite su existencia, reconoce al mismo tiempo que hay en esa esfera cosas que la razón no puede aprehender; más aún, que la razón rechaza como falsas y absurdas.

Supongamos, por ejemplo, que el hecho de que ocurran sueños durante el sueño no fuera tan común y notorio como es, nuestros sabios no dejarían de repudiar la afirmación de que los secretos del mundo invisible pueden revelarse mientras los sentidos están, por así decirlo, suspendidos.

De nuevo, si se le dijera a uno de ellos: «¿Es posible que haya en el mundo una cosa tan pequeña como un grano, que al ser llevada a una ciudad pueda destruirla y después destruirse a sí misma de modo que no quede nada ni de la ciudad ni de sí misma?».

«Ciertamente», exclamaría, «es imposible y ridículo». Tal es, sin embargo, el efecto del fuego, el cual ciertamente sería disputado por quien no lo hubiera presenciado con sus propios ojos. Ahora bien, la negativa a creer en los misterios de la otra vida es del mismo tipo.

En cuanto a la cuarta causa de la difusión de la incredulidad —la decadencia de la fe debido al mal ejemplo sentado por los hombres doctos—, hay tres formas de frenarla.

(1) Se puede responder así: «El hombre docto a quien acusas de desobedecer la ley divina sabe que desobedece, como lo haces tú cuando bebes vino o exiges usura o te permites hablar mal, mentir y calumniar. Conoces tu pecado y cedes a él, no por ignorancia, sino porque estás dominado por la concupiscencia. Lo mismo ocurre con el hombre docto. ¡Cuántos creen en los médicos que no se abstienen de la fruta y el agua fría cuando se lo prohíbe estrictamente un médico! Eso no prueba que esas cosas no sean peligrosas, o que su fe en el médico no estuviera sólidamente establecida. Errores similares por parte de los hombres doctos deben imputarse únicamente a su debilidad».

(2) O también, se puede decir a un hombre simple e ignorante: «El hombre docto cuenta con su conocimiento como un viático para la otra vida. Cree que su conocimiento lo salvará y alegará a su favor, y que su superioridad intelectual le dará derecho a la indulgencia; por último, que si su conocimiento aumenta su responsabilidad, también puede darle derecho a un mayor grado de consideración. Todo eso es posible; e incluso si el hombre docto ha descuidado la práctica, puede al menos presentar pruebas de su conocimiento.

Pero tú, pobre e insensato, si, como él, descuidas la práctica, desprovisto como estás de conocimiento, perecerás sin nada que alegar a tu favor».

(3) O se puede responder, y esta razón es la verdadera: «El hombre verdaderamente docto solo peca por descuido, y no permanece en un estado de impenitencia. Porque el verdadero conocimiento muestra que el pecado es un veneno mortal y que el otro mundo es superior a este. Convencido de esta verdad, el hombre no debe cambiar lo precioso por lo vil. Pero el conocimiento del que hablamos no deriva de fuentes accesibles a la diligencia humana, y es por eso que el progreso en el mero conocimiento mundano hace al pecador más endurecido en su rebelión contra Dios.

El verdadero conocimiento, por el contrario, inspira en quien está iniciado en él más temor y más reverencia, y levanta una barrera de defensa entre él y el pecado. Puede resbalar y tropezar, es cierto, como es inevitable en alguien envuelto por la enfermedad humana, pero estos resbalones y tropezones no debilitarán su fe. El verdadero musulmán sucumbe ocasionalmente a la tentación, pero se arrepiente y no perseverará obstinadamente en el camino del error.

Ruego a Dios Omnipotente que nos coloque en las filas de sus elegidos, entre el número de aquellos a quienes dirigen en el camino de la salvación, en quienes inspira fervor para que no lo olviden; a quienes limpia de toda impureza, para que nada quede en ellos excepto Él mismo; sí, de aquellos en quienes habita por completo, para que no adoren a nadie fuera de Él».

Une Sacra · edición 1 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0